

## Carta a un amigo

Juan Antonio Isla Estrada

Desolación, querido amigo, según un Diccionario Básico (Plaza & Janés), tiene dos acepciones que vienen a ser lamisca cosa: destrucción o ruina y aflicción o angustia grande. En cambio, un diccionario de sinónimos (que todavía se consulta cuando no son suficientes los que el ordenador de palabras te sugiere) ofrece varias opciones para el término 'desolado': dolorido, amarrido, triste, contrito, compungido. Y también: yermo, estéril, devastado, asolado, arruinado, saqueado. No es, pues, sin sol como llegaste a pensar cuando te respondí "desolado" a tu pregunta de cómo se sentía Plutarco unos días después del 2 de julio. Podrías haber acertado porque el tiempo nublado como el de estos días normalmente nos pone tristes y melancólicos y también porque los que querían el sol se han quedado sin él.

Como sabes, Plutarco, nunca ha pertenecido a un partido político y, sin embargo, sueña con que algún día de verdad cambie este país y que llegue al poder no un Mesías, ni un iluminado, pero sí una gente que pueda liderar un México que no termina de salir de su quiebra material y moral. Y aunque no estaba totalmente convencido de que AMLO y su PRD pudieran llenar todas sus expectativas, siempre creyó (más desde que salió adelante con el asunto del desafuero) que López Obrador ganaría la elección presidencial. Y tú sabes que Plutarco nunca ha perdido una apuesta ni se ha equivocado en un pronóstico político. Cuando el PRI arrasaba, vaticinaba quién sería el candidato, no erró en el triunfo de Fox y en el ámbito de las contiendas locales tuvo el presagio de que cuando llegara el PAN al poder no lo perdería en mucho tiempo.

Aún con la certidumbre que los latidos de su corazón (siempre situado la izquierda) le daban en ésta elección, Plutarco llegó con dudas a la casilla donde emitiría su voto. De una cosa estaba convencido: jamás hubiese votado por Madrazo a quien consideraba un truculento mafioso, ni por Calderón que le parecía un político sin carisma, un representante de la derecha conservadora, la continuidad de un régimen que nos ha mantenido en el estanco y sin los tamaños del estadista que requiere el cambio profundo que el país requiere. Todo eso en sus propias palabras. Lo escuchamos una y mil veces.

A pesar de todo, Plutarco era uno de los millones de indecisos. Creía en el proyecto de AMLO, en sus propuestas de arrebatar los privilegios a quienes han exprimido al país (banqueros, propietarios de medios de comunicación, periodistas extorsionadores, jueces venales, etc.) pero desconfiaba del entorno de López Obrador y de los propios demonios del perredista que no han cesado de perseguirlo (fobias, odios personales, caprichos, obsesiones, reticencias, etc.).

Todavía con la boleta para elegir Presidente de la República, Plutarco, nervioso y dubitativo, miró los emblemas de los partidos y fue descartando: imposible darle el voto al PRI, como tampoco votar por una persona que cree que el país está bien. Decidió cruzar el cuadro de la "Coalición por el bien de todos". Era la opción en la que había creído siempre, la alternativa de una izquierda a la que se le oponían todos los factores de poder (el control de los medios, la intervención presidencial, los empresarios, los gobernadores priístas y panistas, la iglesia católica, la embajada norteamericana, la campaña del miedo y hasta 'el innombrable'). No le convencía del todo, pero terminó cruzando la boleta porque creyó hasta el último instante que AMLO representaba la oportunidad para darle la vuelta a las cosas, la única ocasión en que la izquierda, aún con un líder tan controversial, podía construir un país más justo y componer un poco las desigualdades sociales.

La noche del 2 de julio Plutarco siguió el conteo del PREP hasta la madrugada. Antes de eso tuvo un presentimiento atroz con el mensaje del consejero presidente del IFE y empeoró su ánimo con el mensaje grabado del Presidente Fox en donde éste no dijo nada. La televisión fue creando un halo de triunfo para Calderón, le dio 'mala espina' que AMLO se fuera a guardar a su casa de Copilco y que los panistas esperaran en su sede y en su casa de campaña para festejar el triunfo por un estrechísimo margen. Esperó hasta el miércoles 5 y sabía bien que el resultado del PREP en forma de espejo daría la voltereta a favor del candidato del PAN. Luego de eso Plutarco no ha vuelto a salir a la calle ni a comprar el periódico.

Lo visité el domingo pasado. Primero se había negado por teléfono. Imitó una voz para decirme que el señor había salido de vacaciones. Le dije que se dejara de 'babosadas' y finalmente aceptó recibirme, siempre y cuando no tocáramos el tema del fraude electoral. Cuando toqué no me quería abrir. Llamé de mi celular y le dije que iba a forzar su puerta. Abrió. Estaba demacrado, ojeroso y débil. Tan frágil estaba que se sentó en un sofá y, balbuceante, me dijo lo siguiente: "He seguido por la Internet lo que está sucediendo. Estoy preocupado y desconcertado. López Obrador está haciendo todo lo que sus enemigos le echaban en cara, todo lo malo que decían de él lo está representando. Me da la impresión que ya no quiere ganar la elección sino sólo quiere pelear. El único instrumento confiable que teníamos los mexicanos para aspirar a la democracia quedó hecho añicos".

Plutarco había contradicho la condición de que no hablaríamos de las elecciones y no dejaba de tocar el asunto. Calenté un poco de café y le serví una taza mientras lo seguía escuchando. "¿Qué va a pasar?, el IFE ha creado un clima de incertidumbre, quién le va a creer ahora, acabamos de regresar veinte años atrás, dónde quedó el modelito que nos llevó a la alternancia, no se vale dogmatizar con el respeto a las instituciones porque éstas están integradas seres humanos y éstos se equivocan, ¿el TRIFE cómo va resolver?, el perdedor no se va a cruzar de brazos y el ganador no será suficientemente legítimo. He tenido una pesadilla horrible. El último periódico que leí traía una caricatura con el mapa de México y Calderón agarrándolo por arriba y López Obrador jalándolo para abajo. La imagen se me repite en las noches largas de insomnio. ¿México quedó así? Estoy apesadumbrado. ¿Cómo no quieres que me sienta tan jodido si es bien grave lo que sucede?".

La voz de Plutarco temblaba, su mano y la taza con café temblaban. De su barba crecida y desaliñada salía una voz mortecina y su mirada lánguida se perdía en alguna pared de la casa. Aún así seguía perorando: "Sucedió lo que más temíamos. Los ganadores satanizando a los perdedores al calificarlos de revoltosos, antiinstitucionales, irresponsables. La intolerancia se alza y la hostilidad está a flor de piel. Intolerante es el Presidente por llamar renegados a quienes están en su derecho de impugnar; intolerante es López Obrador que no acepta otra cosa que lo que él quiere; intolerantes son los panistas que no quieren que la elección vaya hasta la instancia definitiva".

Hizo una pausa, tomó aire y siguió: "Los perdedores reclamarán su triunfo hasta las últimas consecuencias y cuáles son las últimas consecuencias, la confrontación, la riña, la ira. Los ganadores no harán un gobierno de coalición. López Obrador llevó a la izquierda a un punto de quiebra. No podría gobernar con ese tufo absolutista que terminó desenmascarándolo. Calderón será un Presidente espurio y no podrá gobernar a ese tercio de ciudadanos que no solamente no votaron por él, sino lo desprecian, como desprecian su aureola reaccionaria y su proclive complicidad. No me inquieta qué va a pasar con los perdedores, aunque protesten dando palos y patadas, sino qué van a hacer los ganadores, cómo van a gobernar".

En este momento y para mi sorpresa Plutarco rompió en llanto. Lo abracé, lo llevé a su cama. Traté de consolarlo. Estaba tiritando cuando le leí un artículo de Denise Dresser de la revista que le llevaba. Dejó de sollozar y se incorporó lentamente conforme avanzaba mi lectura. Cuando leí el último párrafo me abrazó. En virtud del efecto milagroso que ocasionó, reproduzco la parte final del texto de la brillante analista, aparecido en *Proceso* que circula ésta semana: "Ante este escenario es difícil no padecer una sensación de orfandad. De desconsuelo. Ese sentimiento que describe tan bien Kazuo Ishiguro en su novela 'Cuando éramos huérfanos'. Esa soledad que produce estar parada en tierra de nadie, entre fuego cruzado, sin complacer a un bando y sin apoyar al otro. Intentando izar la bandera blanca entre las bazukas. Intentando suplantar la incondicionalidad partidista por la reflexión ciudadana. Preocupada por la construcción de un centro vital donde sea posible construir, conversar, reconciliar, institucionalizar. Pelear menos por el poder, y más por formas de compartirlo mejor. Pelear menos por quién ganó la elección, y más por el país herido que ambos bandos están dejando tras de sí".

Ahora, querido amigo, cómo puedes dudar cuando te digo que Plutarco está desolado, aunque el médico le haya diagnosticado "inflamación de democracia".